

# A LA VUELTA DE LA ESQUINA



## GÁLVEZ ACOSA A BUÑUEL

En *Un perro andaluz* una mujer se defiende de un hombre con una raqueta, el hombre busca algo con qué atacarla y tira de unas cuerdas, caen dos grandes calabazas, un par de curas, un piano de cola y dos burros putrefactos. El azar que ha bordado estas imágenes, y las imágenes mismas, son del mismo linaje que las fotografías que Antonio Gálvez le ha tomado (digamos, a la española, le "ha hecho") a Buñuel, ahora reunidas en edición feliz de Buñuel: una relación circular con Antonio Gálvez (Lunwerg Editores, 1994).

Más que azar, debemos decir contingencia. En una de las fotos, Buñuel filma una escena desde una vaca rodante, ¿y por qué no desde un burro o desde una enorme caja de música? ¿Y por qué sí desde la vaca? Qué importa. Importa que la vaca sucedió, que está ahí y no en otro lugar y que funciona como imagen (la vaca observa desafiante a quien la observe) y también, al parecer, como carrito de filmación y, no faltaba más, como vaca.

Gálvez (Barcelona, 1928) le hace fotos a Buñuel, y para hacerlas deshace la figura del cineasta, la desarticula; luego desarticula a su vez la atmósfera de un día de filmación (un set, unos actores, unas cámaras); ya desuncidas de su cuerpo y de su mito (no son ya lo que creíamos que eran), dispone Gálvez de las piezas sobre una gran mesa en la cual serán acosadas por su ojo febril, espías, inquiridas y, final-

mente, discriminadas; las piezas selectas (digamos: cinco monjas, una silla, cuatro clavos y unas cuerdas) serán manipuladas con la eficacia de quien esconde un as entre dos números, y luego vueltas a articular, con nuevas e inesperadas coyunturas; al fondo el cielo, o una mejilla del niño Buñuel. Ya está, se hizo la foto. Y es que ¿cómo, con qué alfiler suspender a la mariposa Buñuel? Si esto es posible, con Gálvez, yo respondería, con sus ojos y su red de huecos anudados por donde pasa otra luz, ensoñada, menos acá de lo irreal, más allá de lo real: superreal.

En blanco y negro, claro está, porque sí, porque Buñuel rechazaba una *palette*, porque los colores se evidencian a sí mismos (aunque hay azules que se caen de morados). En gris, que es una temperatura que el carácter de lo blanco y lo negro, desposados, va dictando. Y no, imaginemos, un rebaño de ovejas verde-lima, o a Fernando Rey color Fernando Rey. El blanco y negro es insinuación, acentúa o atenúa mejor una textura —según la mirada de Gálvez—, privilegia las sombras, los contrastes, se acoge a los caprichos del ojo. No es lo real, sino una de sus posibilidades. No es lo que Gálvez mira, sino la mirada de Gálvez.

No podría el fotógrafo "tomar" a Buñuel sin buñuelizarse, ni se resiste éste a aceptar las formas que la lente de Gálvez le da. El híbrido resulta, ciertamente, anormal. Esto no es sorprendente. Lo normal se ajusta a la norma, y de ésta siempre huyó Buñuel para no anularse, para

seguir siendo él; y al ojo de Gálvez no lo rigen las dioptrías, sino el corazón y el estómago. Pareja de seres constantemente idénticos a sí mismos, irreductibles, su fusión en este libro obedece a una alquimia de sustancias largamente reposadas en probetas fascinantes, en matraces absurdos. Gálvez mira a través de una lente a Buñuel, quien a su vez mira a través de una lente. Nosotros los vemos a ambos combinados en uno, como a un ácido lo forman sales y óxidos metálicos: Gañuel o Búlvez, sustancia saludable para los ojos.

Por virtud del *collage* Buñuel (ese "liquidador de pompas", según Juan Goytisolo) se ha logrado colar en la crucifixión de la monja, en *La vía láctea*. Gálvez juega pegando imágenes, enfrentando unas, conciliando otras, provocando relaciones inusitadas (ahora lo vemos, a Buñuel, a punto de ser fusilado junto al Papa). Gálvez se ha otorgado ese don: el de gran armador. ¿Y no juega Buñuel exactamente a lo mismo? ¿No son *Un perro andaluz*, *La vía láctea*, *El fantasma de la libertad* y tantas otras películas, asimismo un *collage*? Así pues, no podríamos hablar de la empatía de uno en la realidad del otro, pues no se son ajenos sino al contrario, proceden igual: yuxtaponen, se inclinan por cierta arbitrariedad, desordenan, enfadan, le prestan oído a sus pálpitos. Ignoro si eran amigos. Lo cierto es que los acerca una inquietud iconoclasta: ambos, a su manera, le quitaron la tiara al Sumo Pontífice.

Del cuarto oscuro de Gálvez han

salido estas *impresiones* de Buñuel, este acoso sin ley, que logra perturbar lo estatuido sobre la figura del cineasta. El propio Buñuel le confesó a Gálvez (con cierta reticencia a hablar de su imagen) que la mejor fotografía que le habían hecho era obra suya. Claro. Gálvez, en gran medida, se apropia de los ojos de Buñuel para ver a Buñuel, lo sumerge en un caldo buñueliano. Sumándole a esto, evidentemente, su propia perspectiva alucinada, su feliz distorsión, el resultado dará, dio, una semblanza iconográfica medular: Buñuel visto por un semejante, o mejor: por un *confrère* de la mirada. La semblanza tam-

bién es ejemplar, ya que la cámara de Gálvez evade el panegírico (tarea difícil); tampoco busca escudriñar, hasta agotarlo, a un hombre reactivo al análisis. Su proyecto (cuyo resorte es ciertamente la admiración) se acerca más al placer que a la loa, y el grado de dificultad que supone retratar al calandino sin esculpirlo es desafío suficiente (si no es que germen de obsesión) para un ojo privilegiado.

A las fotografías las acompañan textos, sobre Gálvez, de José Miguel Ullán, Claude Roy, Francis Bacon, Robert Benayoun, Julián Ríos, Juan Goytisolo, Julio Cortázar, Robert Saladrigas y Severo Sarduy. Va-

le la pena callar y cederle la voz, más certera, a Robert Benayoun:

En definitiva, se establece entre Buñuel, Gálvez, la cámara y quienquiera que lo atestigüe, una relación circular, una especie de espiral engullidora y al mismo tiempo un efecto de indiferencia total, o quizá de rechazo, que excluye toda complacencia o toda verdadera complicidad. Todo ocurre como si un clavo, un bigote, un pensamiento de Pascal, un la y un lama se cruzaran furtivamente a la sombra de un girasol a treinta brazas de profundidad en el Mar Rojo. El encuentro, si se produce, tiene algo de episódico y de esencial, cierra todas las puertas y abre todas las ventanas de par en par. Excluye cualquier veledad de metáfora. ♣

JULIO TRUJILLO

## REVELACIONES EN PROSA TARTAMUDA

El levantamiento en Chiapas ha puesto a prueba la capacidad de análisis y reflexión de buena parte de los intelectuales y escritores mexicanos. Desgraciadamente los resultados no han sido lo deseables que hubiéramos esperado. Los análisis serios frente a la catarata de imprecisiones son apenas un puñado. Precisamente por eso llaman la atención este tipo de esfuerzos. Hace unos días empezó a circular *Ocosingo, diario de guerra y algunas voces* del poeta Efraín Bartolomé, publicado por Joaquín Mortiz. No es improbable que por este libro Bartolomé se inicie en el arduo camino de ser impopular; de que sus poemas, buenos o malos, se juzguen a partir de sus posiciones políticas y no del gusto literario. Aclaro que su trabajo poético no me entusiasma del todo y que su diario de guerra, en el que encuentro algunos juicios políticos que comparto, no modificarán mi apreciación de sus poemas. *Ocosingo...* libro de "prosa tartamuda" como lo califica su autor, es una



crónica puntual del levantamiento zapatista del primero al doce de enero en el municipio que le da nombre y en el que no faltan los datos históricos. A Bartolomé lo sorprendió la guerra en casa de sus padres, en la tierra donde vivió su niñez. En su diario Bartolomé da cuenta del activismo político de los catequistas católicos, de los himnos religiosos para arengar al pueblo, de los octosílabos con fórmulas para hacer explosivos transmitidos por "Radio Zapata", de la chabacanería de los medios electrónicos en el manejo informativo, de la triste historia de los asentamientos en las Cañadas, de los estragos de la miseria, de la "furiosa esperanza" inculcada en los indios por líderes universitarios, de los comerciantes de moral envilecida, de las secuelas del racismo, de la sangre para "abonar el suelo de Utopía", de los inve-

rosímiles niveles de corrupción por parte de las autoridades estatales. Vale la pena leer *Ocosingo...* Su prosa tartamuda, telegráfica diría yo, aclara cosas que otros escritores no han querido ver. ✎

JAVIER ARANDA LUNA

### UNA HOJA CAÍDA

*Recojemos una hoja caída al pie del Atril del melómano que dedicábamos, en el número pasado, a la memoria de Anton Webern:*

Las miniaturas de Webern: la vida de pequeños seres, corolas, insectos. La vida de los insectos en grande. Texturas sonoras como telarañas, enjambres cerebrales, nervaduras laberínticas, catedrales aéreas. Y como decía Plinio en pluma

de Fray Luis de Granada a propósito del mosquito: "Mas los hombres maravillanse de los cuerpos de los elefantes, que traen sobre sí torres y castillos, y de otros grandes y fieros animales, siendo verdad que la naturaleza en ninguna parte está más entero y más toda junta que en los pequeños".

Los *Cinco movimientos* para cuartetos de cuerdas op. 5 de Webern: pequeño cosmos, grandes espacios instantáneos. Nace un mundo pleno de claroscuros y murmullos tímbricos, desnudez rítmica, misterio permanente de árboles oscuros, ruidos fosforescentes, lagos luminosos. Y se desvanece ese mundo. ✎

LUIS IGNACIO HELGUERA

### FE DE ERRATAS

En el número anterior publicamos varios poemas de Patricia Cavalli traducidos por Fabio Morábito. En ellos hay tres erratas. En la primera se juntaron dos poemas en uno: en la página 15, el tercer poema (de tres versos) aparece pegado al que sigue ("Miren cómo se deja cautivar..."). La segunda errata está en otro poema de tres versos, el primero de

la página 16, donde dice "ya no podré amarte". Por último, en esa misma página, en el primer poema de la segunda columna, no es "una maleza densa", sino "una melaza densa".

Reproducimos nuevamente las tres versiones completas.

**Sigue como antes la vida  
con gente de pie, sentada,  
y que camina.**

**Te odio porque ya no te amo,  
porque no puedo perdonarte  
ya no poder volver a amarte.**

**Ciertos días, cuando el cielo está más bajo  
y salgo a lo mejor de compras  
al mercado, encuentro el círculo caliente  
de la plaza, donde la luz no vuela  
sino devota se agazapa en los objetos,  
mostrando el íntimo color que tienen.  
Círculo amoroso que amalgama el tiempo  
y la distancia, una melaza densa  
tan parecida a la pasta de mi corazón  
que ya no necesito entrar, ya estoy adentro.**